

En Rumanía

A jabalíes en batidas, esperas y recechos

Recientemente hemos descubierto, junto a unos amigos rumanos, la forma de cazar en Rumanía sin abusos. Conocí en febrero de 2009 a Radu y a Gabriel cazando en una de las fincas que normalmente empleo para los recechos. Eran nuevos en la materia, pero emprendedores y con ganas de superación. Entre Javier y yo les enseñamos a tirar, a usar los rifles y hasta logramos que cazaran varios animales bastante buenos. Esto les llevó a contarnos que en su país, en la zona de su pueblo,

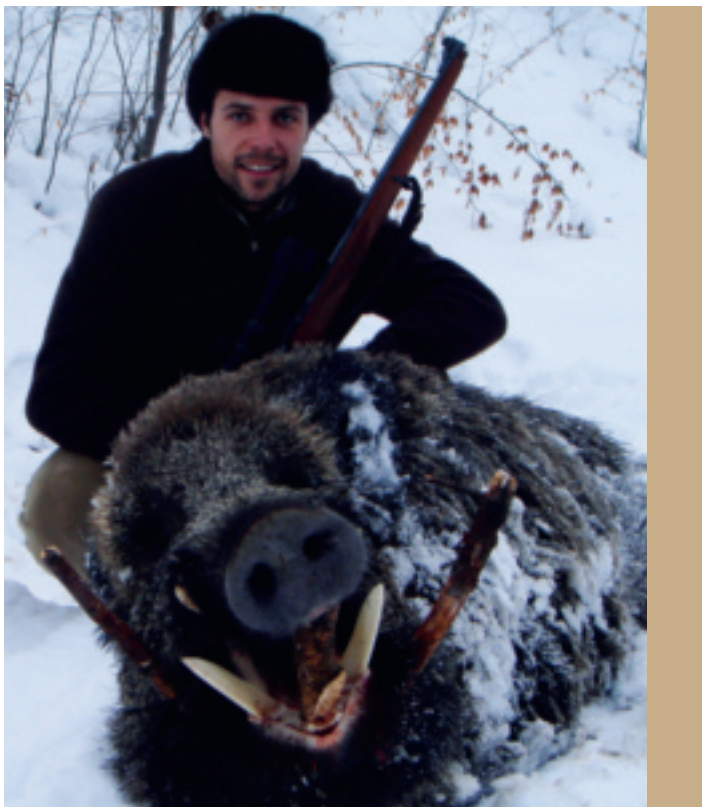
conocían a gente que nos podría informar sobre la caza allí. Yo he cazado con muchas organizaciones del país, pero siempre a unos precios altos, y estaba dispuesto a rebajar para mis amigos los costes de estas cacerías, dada la crisis y las pocas ganas de salir de España que tenemos todos. Empezamos a movernos y, al final, dimos con una pequeña cartera de posibles cotos y terrenos a cazar, así que cogí un avión con mi nuevo amigo y nos fuimos a su pueblo para ver lo que nos ofrecían.

Texto y fotos: BENJAMÍN LÓPEZ y RAMÓN FERRANDIS (Sopíe y Sabana)





Había ofertas de risa y fuimos a comprobarlas, pero cuando los jefes de caza de la zona me veían y se daban cuenta de que de esto entendía un poco, se echaban atrás. Pretendían cazar sin precintos; eso sí, baratísimo, pero luego a ver cómo te llevas los trofeos a casa. Nos acompañó Jorge Iuga, que es cazador de una sociedad de allí y que conocía también a bastante gente. Estuvimos tres días y dimos vueltas con los *quads* viendo rastros de jabalí, bastantes corzos, ciervos, huellas de oso y lobo, etc. Al final dimos con dos cotos que parecían serios. Quedamos con los jefes de



los mismos y nos volvimos a Madrid a hablar con todos los posibles amigos que pudieran venir. Antes habíamos buscado el hotel ideal de la zona, donde pudiéramos estar más o menos solos, por el tema de entrar y salir con armas. Lo encontramos a no más de cuatro kilómetros de la zona de caza. Era nuevo, estaba en mitad del campo, pedimos los precios con todo incluido (comidas en el campo, pensión completa, etc.) y nos pareció bien.

Esto, como siempre, suena a chino, pues la gente no se fía de nada, pero aun así, entre los tres rumanos, yo y otros cuatro amigos de la taxidermia que se atrevieron, nos fuimos para allá a finales del mes de noviembre de 2009. De los papeleos se encargó Radu. Yo también hablaba con el jefe de Romsilva (cargo similar al de director provincial de Medio Ambiente aquí), que hablaba inglés bastante bien. Salimos el 26 de noviembre rumbo a Bucarest. Hubo follón con las armas en el aeropuerto, pues no se pueden embarcar a destino. Pasamos las armas por el puesto de la policía de frontera del aeropuerto de Henri Coanza y, para evitar complicaciones, me hice cargo de todas las armas y realizamos la conexión a destino sin problemas. Al llegar, nos estaban esperando los todoterrenos y nos fuimos al hotel, que estaba a media hora del aeropuerto y a cuatro

Soviética y nosotros con un visor y prismáticos nocturnos. El oso estaba comiendo, así que le pasé los prismáticos al guarda, y entre que no sabía usarlos y que yo hice ruido, el oso emprendió la huida. Tampoco se fue muy deprisa, pero ya andaba receloso de todo lo que pasaba a su alrededor. Una hora más tarde volvió y se dio la vuelta. Entonces vino lo malo: el coche estaba a un kilómetro y salir a oscuras con el animalito por ahí, a mí no me hizo ninguna gracia, pero bueno, le oímos correr y llegamos al coche sanos y salvos. Tres horas después llegamos al hotel.

Batidas con sol

Al día siguiente nos preparan la otra zona de caza, damos un primer gancho y los ojeadores lo hacen fatal (apelotonan los cochinos), pero al final el padre de Javier abate dos machos buenos y una cochina, y Gabriel uno pequeño. Yo veo un montón, pero no puedo tirar por la cantidad de ojeadores que tengo alrededor. Cambiamos de escenario y dan un segundo gancho. Después de recibir algunas instrucciones los jefes de los ojeadores (que son como cuarenta), esta vez lo hacen bien, llevando la mano, por lo que los disparos se suceden a buen ritmo. Los rumanos no se creían que los españoles tiramos a toda clase de jabalíes y corriendo;

Los jabalíes no estaban encamados, sino dando vueltas de un sitio a otro debido al viento que se había levantado y al cambio de temperaturas producido en un solo día (de -36°C a -16°C)

kilómetros del cazadero. Zazo pidió cazar un oso, con lo que nos tuvimos que mover para ello.

El gran problema era que todavía no había nevado. Controlar a los cochinos así es bastante difícil, por lo que el primer día decidimos desplazarnos a unos cien kilómetros de allí, a una zona tomadísima por los mismos. Dimos dos ganchos y tan sólo salió un jabalí, con lo que hicimos un cero, pero nadie se enfadó. Zazo y yo nos recorrimos doscientos kilómetros para cazar el oso, y los demás volvieron al hotel. La caza en abierto es así, pero no pasa nada porque esto es una prueba.

A por el oso

Llegamos a Brosteni, la zona del oso, y nos colocamos. Entró uno a las seis y media de la tarde. Christian, el jefe de Medio Ambiente, se quedó en el coche. Estábamos Zazo y yo solos con un guarda que cazaba con Ceausescu. Habíamos cerrado el oso a un precio normal, tirando a ridículo. Pero la crisis es la crisis, con lo cual teníamos nuestras limitaciones de 400 puntos. El guarda miraba a través de unos prismáticos de la Unión

estaban cazando con grupos de alemanes que, o bien tiran a pequeños, o sólo a los grandes que están parados. Cobramos diez cochinos y un zorro. Como se ha ido una 'pelota' hacia un río, deciden dar ese trocito de no más de cinco hectáreas antes de comer, y aciertan: Josechu cobra dos cochinos más, uno de no más de treinta kilos pero con unos colmillos de cine.

Comida de campo servida por el hotel, buenas cervezas y en mangas de camisa. Ya hemos hecho la cacería, pero aun así nos vaticinan que abatiremos más. Esto es como siempre, como la primera vez; se esfuerzan por conseguir los mejores resultados para que volvamos. Nos cambian de área y comentan que van a dar una especie de cara y cruz de las perdices, para lo cual tendrán que llevar con los coches a los ojeadores, que ahora tienen perros, y luego traerlos para volver a llevarlos a la otra zona. Con lo cual aquí echamos la tarde entera. Decidimos no cambiarnos de puestos y que Dios reparta suerte. La operación sale bien y yo abato tres machos y dos hembras, más dos zorros, sólo en el cara y cruz, que lo acabamos a oscuras. →

Ahora queda la espina de Zazo: el oso. Nos vamos tarde y nos ponemos cerca del hotel. Ayer entró uno un poco mayor, pero nos dan autorización para cazarlo aunque se pase un poco. No entra, pero el lugar está lleno de huellas de oso y de lobo. A las once nos vamos al hotel. Cenamos con todos, que están contentos, y Radu y yo nos dedicamos a ver cómo estará la situación del país en 2010. Y es que parece que muchos cotos pasarán a ser privados. Ya no será todo gestionado por Romsilva. Esto posiblemente abaratará los precios, pues habrá oferta y demanda y no tarifas fijas, como las hay ahora.

Al día siguiente damos el primer gancho cerca del hotel. Sale una piara de cochinos y le entra a Gabriel. Como van corriendo, no los tira. A los demás nos entran más de setenta corzos, y algunos todavía con cuernos. No tiramos, pero por lo menos sabemos que en la zona hay cantidad de corzos.

En la zona hay uno de los pocos lugares cercados de Rumanía. Tiene 620 hectáreas y nos dan la posibilidad de cazarlo por la mañana, pues esta noche nos vamos. Pensamos y decidimos darlo, pero con el sistema de cara y cruz de ayer, aunque más sencillo, claro. Lo explicamos, lo entienden y nos vamos a cazar. Se cazan nueve jabalíes y dos zorros. Tengo la suerte de hacerme con tres machos fenomenales, una hembra enorme y un zorro. Acabamos muy pronto. Radu y yo tenemos que hacer cuentas con esta gente, pero los demás hasta esta noche no tienen nada que hacer, así que Zazo se va a por el mismo oso del primer día con Jorge Luga, y Josechu y Javier de espera a los cochinos.

Zazo abate el oso con Jorge. Tiene más de 400 puntos y es precioso. Josechu cobra un cochino de más de 300 kilos, al que no le corresponde la boca, y Javier se hace con una guarra de más de 250 kilos. En definitiva, los resultados venatorios de la expedición han sido muy positivos. Además, hechas las cuentas, la cosa ha salido más o menos como acordamos, reduciendo un cuarenta por ciento los gastos de una cacería de esta envergadura. Así las cosas, vuelta a España y a todos contentos.

Nieve y bajas temperaturas

Regresamos a Rumanía el 26 de enero de 2010. Misma zona, pero con 30° C bajo cero y un metro de nieve.



Esta vez salimos en oleadas, primero Javier, Radu y Gabriel, y luego Juanjo, J. Manuel, Manolo y Benjamín, que viajaba por mí, pues yo tenía aquí una montería a la que no podía faltar, por el dueño de la finca y por los invitados.

La primera oleada me va pasando datos, y llevan unos cuantos cochinos de espera. Han colocado a los lobos un caballo, pero sólo se les ocurre a ellos ponerlo entero. Se ha congelado, así que el primer día entraron cuando estaba fresco, pero luego no se lo pueden comer y se olvidan de él. Deberían haberlo partido y echarlo por trozos.

A partir de aquí tendré que dejar que sea Benjamín quien os relate la experiencia, pues yo estaba en Madrid y Santa Leonor, trabajando.

Salimos los cuatro el 29 de enero por la tarde en busca de Javier, Radu y Gabriel, que estaban de avanzada desde el miércoles. Nosotros sólo cazaríamos sábado y domingo, excepto Juanjo, que junto con Radu y Javier se quedarían también el lunes. Ya nos había avisado Ramón de los problemas que podríamos encontrarnos con las armas en Bucarest a la hora de hacer la conexión con el vuelo doméstico y, siguiendo

El gran problema del primer viaje fue que todavía no había nevado, por lo que controlar a los cochinos así es bastante difícil

sus instrucciones, más la ayuda de Gabriel, que nos fue a asistir a Bucarest, llegamos a nuestro destino sin ninguna incidencia, salvo que parecía increíble que pudiéramos aterrizar sin problema alguno en la nevada y helada pista de aterrizaje, pues nos encontrábamos a 16° C ba- →



jo cero. Gabriel se alegró muchísimo, pues el día anterior habían estado a 36° C bajo cero y ahora, según él, no hacía frío.

La anécdota del zorro

En esta segunda salida cazaríamos a nuestro gusto, combinando los ganchos en abierto con esperas de jabalí y aguardos al lobo, así como batidas en la finca cerrada como complemento. A la llegada al hotel, estaba esperándonos Radu con los jefes de las zonas de caza. El día anterior había abatido en espera un gran jabalí con una boca espectacular, con la mala suerte de que le dio en la jeta y los colmillos, aunque enteros, salieron astillados, y una cochina enorme. Javier llevaba tres guarros, dos con muy buena boca, y se había quedado a unos cien kilómetros del hotel realizando una segunda espera al lobo que tampoco tuvo éxito. Lo anecdótico fue cuando durante la espera el guía de caza le dijo “Vulpe, vulpe”. En la oscura noche Javier, que no sabe nada de rumano, entendió que estaba entrando el lobo. Se asomó, encaró el rifle con visión nocturna y vio la silueta de un animal como un perro. “Tiene hocico pero... ¡demasiado pequeño! ¿Son tan pequeños los lobos en Rumanía o está demasiado lejos?”, pensó. Miró de nuevo al guía y con señas le dijo que si le tiraba, a lo que el guía asintió a la vez que le decía: “vulpe, vulpe”. Javier tiró y el animal quedó en el sitio. Miró de nuevo al guía y éste volvió a decir “vulpe”. Javier le dijo: “¿Vulpe, qué? Lobo, ¿no? El guía negó con la cabeza y le contestó: “Lup, no. Vulpe”. O sea, que de lobo, nada; había abatido a ochenta metros con el visor nocturno un zorro.

Jabalíes en ganchos

El sábado estábamos todos para empezar con las batidas. Nos trasladamos a unos cien kilómetros del campamento, donde encontramos a Javier, que se había quedado en la casa forestal a descansar unas horas después de realizar la espera del lobo.

Los bosques en el norte de Rumanía son espectaculares, con unas dimensiones descomunales. Es increíble ver cómo andan los coches por la nieve prácticamente sin patinar. Aunque nosotros llevábamos buenos todoterrenos, los ojeadores rumanos, guardería y personal de apoyo se trasladaban en turismos Dacia y otros trastos difíciles de catalogar, pero que andaban por la nieve como si nada.

El primer gancho fue cortito; dimos una hoya de unas 300 hectáreas, muy calentita (unos 8-10° C bajo cero), que sabíamos podía darse bien como lo indicaban las huellas de en-

trada que habían dejado los guarros en los caminos. Duró aproximadamente una hora y se escucharon unos veinte tiros. Salieron por los puestos dos piaras, quedándose Javier con una hembra y un macho de unos cien kilos y Radu con una guarra. A José Manuel le entró un guarro que no tiró porque era pequeño (poca boca) para lo que estaba buscando y creía que le podría salir caro. Una vez que le dijimos que esos guarros son de los de cien euros y que lo de ir a precios rumanos era verdad, se animó a tirarlos en próximos ganchos, pues en abierto es difícil abatir mucha cantidad, siendo lo normal cazar uno o dos cochinos por cazador y día.

En los ganchos de esta zona de Rumanía se caza de verdad, ya que son áreas totalmente abiertas donde hay descomunales trofeos. Es un entorno donde se realizan pocas batidas, a diferencia de otras regiones del país. La guardería suele querer batir grandes extensiones de terreno (1.500-2.000 hectáreas) con cuarenta o cincuenta ojeadores, cuatro o cinco perros y ocho o diez puestos, pero nosotros cazamos a nuestro estilo, pues nuestra experiencia en las monterías del norte de España, que les estamos inculcando, hace aconsejable batir menos terreno pero más selecto. Al ser pocos puestos, colocamos a rumanos con escopetas en puntos estratégicos para tratar que los guarros no se dieran la vuelta. Para dar el segundo gancho, seguimos las indicaciones del director de caza de la zona, que tenía preparada una mancha de unas 600 hectáreas, muy grande para nosotros, pero insistían en que era muy buena, siendo posible que además de algún lobo, pudiesen entrar lince, ya →



En los ganchos que se celebran en el norte de Rumanía se caza de verdad, ya que son áreas totalmente abiertas donde hay descomunales trofeos de jabalí



que había una gran población. Tardamos al menos una hora en llegar y en prepararnos para comenzar. El aire empezó a soplar y a revocar, por lo que la sensación térmica era casi insoportable y los jabalíes empezaron a darse la vuelta. En esta ocasión hicimos un cero y comprobamos que los jabalíes no estaban encamados, sino que estaban dando vueltas de un sitio a otro debido al viento que se había levantado y al cambio de temperaturas que se había producido en un solo día (de -36°C a -16°C).

Al terminar el segundo gancho, se decidió que José Manuel nos abandonaría para realizar una espera a los lobos, con la posibilidad de que también podía entrarle algún gran cochino. Javier, Radu, Gabriel y Manuel darían otro tercer gancho y Juanjo y yo iríamos a realizar una espera a los guarros a una zona cercana al hotel. José Manuel cogió sus bártulos y arrancó a por el lobo, y cuando Juanjo y yo procedíamos a hacer lo mismo, se cambiaron los planes y nos quedamos al tercer gancho, que como el primero fue mucho más corto y pusimos más apoyo de rumanos con escopetas para volver a los guarros que trataban de salirse de la mancha a batir. Salieron en total unos cuarenta jabalíes. Gabriel volvió a tirar sin éxito, Radu dejó uno pinchado y yo cobré uno pequeño y se me pasaron dos más. Los demás guarros se colaron entre los puestos rumanos, que en principio no tiraban a dar, aunque se colgaron finalmente dos (uno de ellos muy bonito), y los ojeadores.

Después de este tercer gancho y de una comida rápida en la casa forestal, Juanjo y yo salimos pitando a la espera de los guarros, pero llegamos tarde y el cochino grande ya había entrado. Cuando nos quitamos nos quedamos tirados con el coche en medio de la nada con una nevada y un frío de espanto, pero con una pala y mucha paciencia, logramos después de dos horas sacar el coche y llegar al hotel.



Aparte del acuciante frío y de que los lobos no entraban al cebo, pues estaba congelado, a José Manuel le llevaron a unos cien kilómetros de la zona de las batidas en dirección contraria al hotel. Durante la espera le entró un buen jabalí, pero, encelado con el lobo, esperó pacientemente a que entrara éste, cosa que no sucedió, y cuando quiso reaccionar y tirar al gran macho de jabalí, éste ya se había ido. Una vez terminada la espera, el regreso fue una verdadera tortura, pues se encontraba a 3,5 horas del hotel con una carretera infer-

des guarros y dejó pinchados dos más, Manuel abatió dos e hirió otro y yo pinché uno, pese a que sólo me estorbaba el guarro y fallé un zorro. Muchos tiros y resultados mediocres para los animales que nos entraron, salvándose sólo Javier, que tiró de cine.

Radu y el director de zona cogieron después a José Manuel y se fueron con él para ver si podían tirar algún jabalí a rececho, pues en uno de los ganchos los ojeadores habían avisado varios espectaculares machos en una zona que no se llegó a batir.

Muchos tiros y resultados mediocres para los animales que nos entraron en la finca cercada, salvándose sólo Javier, que tiró de cine y dejó varios grandes cochinos sobre la nieve

nal, completamente nevada y casi sin visibilidad, y un conductor muy mayor y con pocas condiciones físicas. Llegó finalmente a las cinco de la madrugada y sin saber qué habíamos organizado para el día siguiente.

En la finca cerrada

A las ocho del día siguiente estábamos todos en pie. José Manuel salió de su habitación y se excusó porque no nos acompañaría a la primera batida, pues estaba roto de la noche anterior y necesitaba dormir. Esta vez cazariamos cerca del hotel, a tan solo seis kilómetros, en una magnífica finca de unas 650 hectáreas con mucho jabalí, similar a algunas de las mejores fincas cerradas españolas. Decidimos dar un cara y cruz, como nos había aconsejado Ramón, y fue un éxito. Entre batida y batida intentó Radu ponerse en contacto con José Manuel para que se uniera al grupo, pero al no conseguirlo, contactó con la recepción del hotel para que le avisaran y le trasladaran a la zona de caza, cosa que desafortunadamente hicieron, pero muy tarde.

En las batidas Juanjo consiguió una guarra y dejó pinchado un gran jabalí que pasó entre mi puesto y el de Gabriel y no conseguimos rematarlo. Javier se hizo con cinco gran-

Javier y Manuel se fueron a pistear los guarros heridos para luego todos ponernos de espera. Esta vez, las esperas fueron perfectas. Juanjo abatió un guarro según se iba a colocar en el puesto y dos más en el comedero, Javier abatió una cochina tremenda creyendo que era un buen macho, José Manuel tiró a varios a rececho y cobró una cochina en la espera y a mí me entraron unos veinte (hembras y pequeños), por lo que esperé al grande, que no entró. Llegamos al hotel y faltaban Manuel, Gabriel y Radu por llegar. Al cabo de media hora aparecieron con cinco espectaculares cochinos.

A las 3:45 salimos del hotel con destino a Madrid, excepto Radu, Juanjo y Javier, que se quedaron un día más para descansar, hacer visitas y compras... Todo salió perfecto y disfrutamos de una cacería *express* fantástica. Al final, 31 guarros cobrados, cuatro heridos y muchas ganas de volver.

En Rumanía hemos aprendido a cazar directamente, a nuestro estilo, combinando batidas y esperas a los jabalíes, recechos a pie y en trineo, esperas al lobo, al oso, etc. con la gente de allí, sus precios y en zonas exclusivas. Sólo faltan más perros y el sonido de nuestras caracolas..., pero todo se andará. 